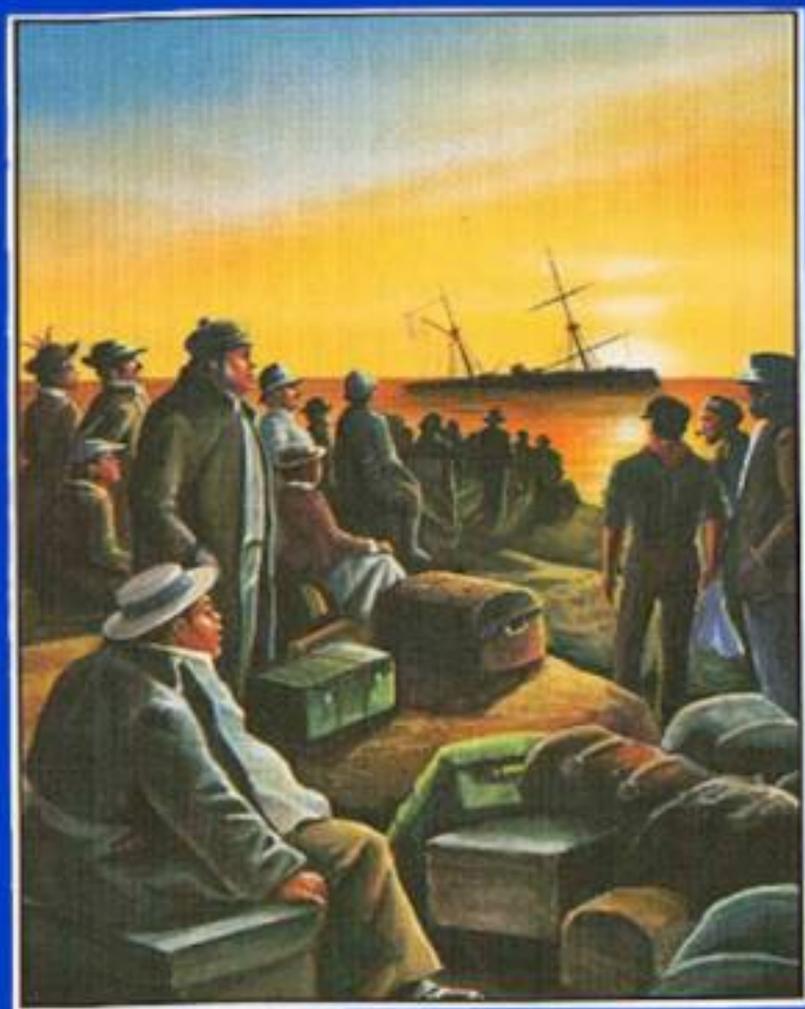


Julio Verne

Agencia
Thompson y Cía.



Thompson es un empresario que inicia una agencia de viajes turísticos en las costas ibéricas. Sufre una lucha de precios con la compañía rival; sin embargo, logra embarcar a un grupo de curiosas personas en su viaje turístico. Entre ellas, destacan la linda estadounidense Alice Lindsay, que viaja junto a su hermana Dolly, Jack, hermano del exesposo de Alice, y el misterioso Saunders. Durante el viaje, Jack trata de conquistar a su cuñada, ya que desea el dinero que le dejó en herencia su hermano. Sin embargo, las peripecias del viaje hacen que Roberto, el traductor y cicerón del viaje, se enamore de ella y se cree una fuerte rivalidad entre Jack y él, hasta al punto de que Jack desee la muerte de uno y de la otra. La nave alquilada por el avaro Thompson, el *Seamew*, resulta ser un viejo cascarón que no logra soportar todo el camino, lo que lo lleva a encallar en las costas africanas, y eso obliga a los turistas a vérselas con caníbales y ser atacados por bandidos, situación que se empeora con la aparente muerte del traductor, el único que parece tener sangre fría ante tales apuros.

CAPÍTULO PRIMERO

AGUANTANDO EL CHAPARRÓN

Dejando vagar su mirada por los brumosos horizontes del ensueño, Roberto Morgand hacía más de cinco minutos que permanecía inmóvil frente a aquella larga pared completamente cubierta de anuncios y carteles, en una de las más tristes calles de Londres.

Llovía torrencialmente. El agua subía desde el arroyo e invadía la acera, minando la base del abstraído personaje cuya cabeza se hallaba asimismo gravemente amenazada.

La mano de éste, debido a su ensimismamiento, había dejado que el protector paraguas se deslizara con suavidad, y el agua de la lluvia caía directamente del sombrero al traje, convertido en esponja, antes de ir a confundirse con la que corría tumultuosamente por el arroyo.

No se daba cuenta Roberto Morgand de esta irregular disposición de las cosas, si tenía consciencia de la ducha helada que caía sobre sus hombros. En vano sus miradas se fijaban en las botas; tan grande era su preocupación, que no notaba cómo lentamente se transformaban en dos pequeños arrecifes, en los que rompían los húmedos embates del arroyo.

Toda su atención hallábase monopolizada por el misterioso trabajo a que entregábase su mano izquierda; sumergida en un bolsillo del pantalón, aquella mano agitada, sopeaba, dejaba y volvía a coger algunas monedas, que to-

talizaban un valor de 33 francos con 45 céntimos, tal como había podido asegurarse después de haberlas contado repetidas veces.

De nacionalidad francesa, habiendo ido a parar seis meses antes a Londres, después de penosa y súbita perturbación de su existencia, Roberto Morgand había perdido aquella misma mañana la plaza de preceptor que le permitiera subsistir hasta entonces. Después de haber comprobado de una manera hartó rápida el estado de su economía, había salido de su domicilio, caminando sin rumbo, cruzando plazas y calles en busca de una idea, de un objetivo y así continuó hasta el instante en que le vemos detenido inconscientemente en aquel lugar.

Ante él surgía el terrible problema: ¿qué hacer, solo, sin amigos, en aquella vasta ciudad de Londres, con 33 francos y 45 céntimos por todo capital?

Tan difícil era el problema que aún no le había hallado solución. Y, no obstante, no parecía Roberto Morgand un hombre dispuesto a dejarse descorazonar fácilmente.

De tez blanca, su frente era despejada; sus largos y retorcidos bigotes separaban de una boca de afectuosa expresión una nariz enérgica modelada en suave curvatura; sus ojos, de un azul oscuro, denotaban una mirada bondadosa que sólo conocía un camino, el más corto.

El resto de su persona no desmentía de la nobleza de su rostro: anchas y elegantes espaldas, pecho robusto, miembros musculosos, extremidades finas y cuidadas, todo denunciaba al atleta hecho a la práctica de los deportes.

Al verle, no podía menos de exclamarse: «He ahí un bravo muchacho».

Roberto había demostrado que no se dejaba desazonar por el brutal choque con el destino, pero el mejor y más firme caballero tiene el derecho de perder por un momento los estribos. Roberto, sirviéndonos de estos términos de equitación, había perdido los estribos y vacilado en la silla,

y procuraba volver a recobrar aquéllos y afirmarse en ésta, incierto acerca del partido que hubiera de adoptar.

Habiéndose planteado por centésima vez el problema, levantó la vista al cielo, como si en él quisiera hallar la solución. Sólo entonces se apercibió de la lluvia torrencial, y descubrió que sus obsesionantes pensamientos le habían inmovilizado en medio de un charco de agua frente a aquella negra pared cubierta de carteles multicolores.

Uno de estos carteles, de tintas discretas, parecía reclamar especialmente su atención.

Maquinalmente púsose Roberto a recorrer con la vista aquel cartel, y una vez terminada su lectura, volvió a leerlo nuevamente, y hasta lo releyó por tercera vez, sin que a pesar de ello hubiera conseguido hacerse una clara idea de su contenido.

Sin embargo, una nueva lectura le produjo un sobresalto; una breve línea impresa al pie de la hoja despertó su interés.

He aquí lo que decía aquel cartel:

AGENCIA BAKER amp; C.º, LIMITED

69 - Newgate Street - 69

LONDRES

GRANDIOSA EXCURSIÓN

a los

TRES ARCHIPIÉLAGOS

AZORES— MADEIRA —CANARIAS

con el magnífico yate a vapor The Traveller

DE 2500 TONELADAS Y 3000 CABALLOS.

Salida de Londres: el 10 de mayo, a las siete de la tarde.

Regreso a Londres: el 14 de junio a mediodía.

Los señores viajeros no tendrán que hacer ningún gasto

aparte del precio estipulado.

GUÍAS Y CARRUAJES PARA EXCURSIONES

Estancia en tierra en hoteles de primera categoría.

Precio del viaje comprendidos todos los gastos:

78 libras esterlinas.

Para toda clase de informaciones dirigirse a las oficinas de la Agencia.

Se desea un cicerone-intérprete.

Roberto se acercó al cartel y aseguróse de haber leído correctamente. En efecto, sí, se buscaba, se requería un cicerone-intérprete.

En el acto y en su fuero interno resolvió que él sería aquel intérprete..., por supuesto, si la Agencia Baker and C.º le aceptaba.

¿No podía acontecer que su figura no pareciera a propósito...? Aparte de que la plaza podía estar ya ocupada.

No era inverosímil que ocurriera lo primero y en cuanto a lo segundo, el aspecto del cartel indicaba haber sido colocado aquella misma mañana, o, todo lo más, la víspera por la tarde. No había, pues, que perder tiempo. Un mes de tranquilidad, dándole la seguridad de hallar de nuevo su pérdida moral; la perspectiva de ahorrar una buena cantidad —porque no dudaba que a bordo le mantendrían gratuitamente—, y, a mayor abundamiento, en agradable e in-

terésante viaje, todo ello constituía algo que un capitalista como Roberto no podía despreciar.

Encaminóse, por tanto, hacia Newgate Street. Eran las once en punto cuando abrió la puerta del número 69.

El vestíbulo y los pasillos que recorrió precedido de un empleado, le produjeron una impresión favorable.

Tapices visiblemente desteñidos, colgaduras presentables, pero que habían perdido su frescura... Agencia seria, con toda seguridad; empresa que no había nacido la víspera.

Roberto fue introducido en un confortable despacho, en el que, tras una amplia mesa, un caballero se levantó para recibirle.

—¿Mr. Baker? —preguntó Roberto.

—Mr. Baker se halla ausente, yo le sustituyo —respondió el caballero, al mismo tiempo que invitaba a Roberto a que tomara asiento.

—Caballero —dijo éste—, por el cartel en que anuncian su excursión he sabido que ustedes tienen necesidad de un intérprete; y he venido a solicitar esa plaza.

El subdirector examinó con atención a su visitante.

—¿Qué idiomas domina usted? —le preguntó, tras un instante de silencio.

—El francés, el inglés, el español y el portugués.

—¿Y... bien?

—Soy francés; por lo que hace al inglés... puede juzgar usted mismo... Lo mismo hablo el español y el portugués.

—Muy bien; pero, como es lógico, es preciso además hallarse muy bien informado acerca de los países que abarca nuestro itinerario. El intérprete debe al propio tiempo ser un cicerone.

Roberto vaciló un segundo.

—Así lo comprendo —respondió.

—Pasemos a la cuestión de honorarios —continuó el subdirector—. Nosotros ofrecemos en total trescientos fran-

cos por el viaje; manutención, alojamiento y gastos pagados.

—Perfectamente —declaró Roberto.

—En ese caso, si puede usted ofrecernos algunas referencias...

—Señor, sólo llevo muy poco tiempo en Londres. No obstante, he aquí una carta de Lord Murphy que les instruirá acerca de mí y les explicará a la vez la causa de hallarme sin empleo —respondió Roberto, al mismo tiempo que alargaba a su interlocutor la carta que había recibido aquella misma mañana.

La lectura fue detenida. Hombre eminentemente puntual y serio, el subdirector pesó una tras otra cada una de las frases, cada una de las palabras, como para extraerles todo el jugo. Sin embargo, la respuesta fue clara y terminante.

—¿Cuál es su domicilio?

—Cannon Street, 25.

—Hablaré de usted a *Mr. Baker* —concluyó diciendo el subdirector, tomando nota de las señas—. Si los informes que voy a tomar concuerdan con lo expuesto por usted, puede considerarse ya como perteneciente a la agencia.

—¿Entonces, señor, estamos de acuerdo? —insistió Roberto, satisfecho.

—De acuerdo —respondió el inglés, levantándose.

En vano intentó Roberto proferir algunas frases de agradecimiento. Apenas pudo bosquejar un saludo de despedida, cuando viose ya en la calle aturdido y lleno de sorpresa ante lo fácil y repentino de su buena fortuna.

CAPÍTULO II

UNA ADJUDICACIÓN VERDADERAMENTE PÚBLICA

El primer cuidado de Roberto al día siguiente, 26 de abril, por la mañana, fue el de encaminarse a ver de nuevo el cartel de que el día anterior se había servido la Providencia. Verdaderamente, debíale en justicia esta peregrinación.

Fácilmente dio con la calle, con la larga pared negra y el sitio exacto en que había aguantado el chaparrón; pero no le fue tan fácil descubrir nuevamente el cartel. A pesar de que formato no había cambiado, los colores eran completamente distintos. El fondo grisáceo habíase trocado en un azul rabioso, y las negras letras en un escarlata chillón. Sin duda lo había renovado la agencia Baker, al ocupar Roberto la plaza de intérprete y hacer por consiguiente innecesario el pie del anterior cartel. Quiso éste cerciorarse dirigiendo una rápida mirada al final de la hoja y no pudo menos que quedarse sorprendido. ¡En lugar de solicitar un intérprete, el cartel anunciaba que un cicerone-intérprete que dominaba todos los idiomas había sido agregado a la excursión!

—¡Todos los idiomas! —exclamó Roberto—. ¡Pero yo no dije nada de eso!

Sin embargo, pronto halló la explicación del aparente contrasentido. Al alzar la vista, observó que la razón social

que encabezaba el cartel no era la agencia Baker.

Agencia Thompson and Co. leyó Roberto admirado, y comprendió que la nueva noticia relativa al intérprete no le concernía en lo más mínimo.

No tuvo que esforzarse mucho para descifrar el enigma, que, si por un instante al menos se había presentado ante él, era únicamente debido a que los colores chillones elegidos por aquel Thompson atraían las miradas de una manera irresistible, a expensas de los carteles que le rodeaban. Al lado del nuevo cartel, tocándolo, incluso, aparecía el anuncio de la agencia Baker.

—¡Bueno! —díjose Roberto, releyendo el cartel—. Pero ¿cómo no me percaté ayer de esto? Y el caso es que, si hay dos carteles, debe, por lo tanto, haber dos viajes.

Y, en efecto, así pudo constatarlo. Salvo la razón social, el nombre del navío y el del capitán, ambos carteles eran en todo semejantes el uno al otro. El magnífico yate a vapor *The Seamew* remplazaba al magnífico yate a vapor *The Traveller*, y el bravo capitán Pip venía a suceder al bravo capitán Mathew; he ahí toda la diferencia. En cuanto al resto del texto, plagiábanse palabra por palabra.

Tratábase, por lo tanto, de dos viajes, organizados por dos compañías distintas.

«He ahí una cosa bien extraña», pensó Roberto, vagamente inquieto.

Y su inquietud vino en aumento cuando advirtió la diferencia de precios existente entre las dos ofertas. Al paso que la Agencia Baker and S.^o exigía 78 libras esterlinas a sus pasajeros, la Agencia Thompson and C.^o contentábase con sólo 76. Roberto, que empezaba a preocuparse ya de los intereses de sus patronos, preguntó si aquella pequeña diferencia no haría fracasar la proyectada excursión de la agencia Baker.

Dominábale de tal manera esta preocupación, que por la tarde volvió a pasar por delante de los carteles gemelos.

Lo que vio vino a tranquilizarle. Baker aceptaba la lucha.

Su discreto cartel había sido sustituido por uno nuevo más chillón si cabe que el de su contrincante. Referente al precio, rebasaba la oferta de su competidor al ofrecer por 75 libras el viaje a los tres archipiélagos.

Roberto se acostó algo más tranquilo, pero aún le inquietaba una posible contraoferta por parte de la casa Thompson.

A la mañana siguiente vio confirmados sus temores. Desde las ocho de la mañana una lira blanca había venido a partir en dos el cartel Thompson, y en aquella tira se leía:

Precio del recorrido, incluidos todos los gastos:
74 libras.

No obstante, esta nueva rebaja era menos inquietante, toda vez que Baker había aceptado la lucha. Indudablemente que continuaría defendiéndose. Así pudo comprobarlo Roberto, que vigilaba los carteles anunciadores y vio como en el transcurso de aquel día las tiras blancas iban sucediéndose unas a otras.

A las diez y media la agencia Baker bajó el precio hasta 73 libras; a las doce y cuarto sólo reclamaba Thompson 72; a las dos menos veinte afirmaba Baker que una suma de 71 libras era, con mucho, suficiente, y a las tres en punto había declarado Thompson que su agencia tenía bastante con 70.

Fácil es imaginar la diversión que causó a los transeúntes esta pugna entre las dos agencias. La cual continuó sin interrupción durante el resto del día y terminó con la victoria momentánea de la agencia Baker, cuyas pretensiones no excedían ya de 67 libras.

Los periódicos de la mañana se ocuparon de estos incidentes, y los juzgaron de muy distinta manera. El *Times*, entre otros, vituperaba a la agencia Thompson por haber declarado aquella guerra propia de salvajes. El *Pall Mall Gazette*, por el contrario, seguido del *Daily Chronicle*, la aprobaba por entero: ¿no se beneficiaría al fin y al cabo el

público con aquella rebaja de las tarifas, motivada por la competencia?

Comoquiera que fuese, semejante publicidad no dejaría de ser provechosa para aquella de las dos agencias que resultara vencedora, y así se evidenció en la mañana del 28. Los carteles se hallaron este día rodeados de grupos compactos, en los que se hacían los más arriesgados pronósticos y se gastaban bromas de todo género.

La lucha arreció. A la sazón no se dejaba pasar una hora entre las dos respuestas, y el espesor de las tiras superpuestas alcanzaba notables proporciones.

Al mediodía la agencia Baker pudo almorzar tranquila en la posición conquistada. El viaje entonces había llegado a ser posible, a su juicio, mediante un desembolso de 61 libras esterlinas.

—¡Eh, oiga usted! —gritó un muchacho al empleado que había puesto la última tira—. Yo quiero un billete para cuando se haya llegado a una guinea. Tome usted nota de mis señas: 175, Whitechapel, Toby Laugehr... Esquire —añadió, hinchando los carrillos.

Una carcajada cortó la ocurrencia del muchacho. Y, sin embargo, no faltaban precedentes que autorizaran a contar con una semejante rebaja. ¿No constituiría, por ejemplo, un buen precedente la encarnizada guerra de los ferrocarriles americanos, el *Lake-Shore* y el *Nickel-Plate*, y, sobre todo, la competencia que se estableció entre los *Trunk Lines*, durante la cual llegaron las compañías a dar por un solo dólar, los 1700 kilómetros que separan Nueva York de San Luis?

Si la agencia Baker había podido almorzar tranquila sobre sus posiciones, la agencia Thompson pudo dormir sobre las suyas; pero ¡a qué precio! A la sazón podía efectuar el viaje todo el que poseyese 56 libras esterlinas.

Cuando se puso en conocimiento del público este precio apenas si serían las cinco de la tarde. Baker tenía, pues, tiempo para contestar. No lo hizo, sin embargo. Sin duda se replegaba para asestar el golpe decisivo.

Ésta fue al menos la impresión de Roberto que empezaba a apasionarse por la enconada pugna.

Los acontecimientos le dieron la razón. A la mañana siguiente hallóse ante los carteles en el momento en que el empleado de la agencia Baker pegaba una última tira de papel. La agencia Baker rebajaba de una sola vez seis libras esterlinas; el precio del viaje quedaba reducido a 50. ¿Podía Thompson, de una manera razonable, rebajar algún chelín más?

Transcurrió el día entero sin que la agencia Thompson diera señales de vida, y Roberto opinó que la batalla había sido ganada.

Sin embargo, grande fue su desilusión en la mañana del día 30. Durante la noche habían sido arrancados los carteles Thompson. Otros nuevos vinieron a remplazados, mucho más estridentes y chillones que los anteriores. Y sobre aquellos nuevos cartelones se podía leer en enormes caracteres.

Precio del viaje comprendidos todos los gastos: 40 libras esterlinas.

Si Baker había abrigado la esperanza de asombrar a Thompson, éste había querido aplastar a Baker. ¡Y, en verdad, habíalo conseguido con creces!

¡Cuarenta libras por un viaje de treinta y siete días! Constituía esta cifra un mínimo que parecía imposible rebasar. Y éste debió de ser el parecer de la agencia Baker, ya que dejó transcurrir el día entero sin responder al ataque.

Roberto, no obstante, abrigaba alguna esperanza. Creía en que alguna maniobra de última hora salvaría el prestigio de su agencia; pero una carta recibida aquella misma tarde dispó toda duda. Se le citaba para el día siguiente a las nueve de la mañana en la agencia Baker.

Se presentó con toda puntualidad y fue introducido rápidamente a presencia del subdirector.

—He recibido esta carta... —comenzó Roberto.

—¡Perfectamente, perfectamente! —interrumpióle el subdirector, a quien no gustaban las palabras inútiles—. Queríamos solamente informar a usted que hemos renunciado al viaje a los tres archipiélagos.

—¡Ah! —exclamó Roberto, admirado de la calma con que se le anunciaba esta noticia.

—Sí; y si usted ha visto alguno de los carteles...

—Los he visto —replicó Roberto.

—En ese caso comprenderá que nos es completamente imposible persistir en la pugna emprendida. Al precio de cuarenta libras esterlinas, el viaje tiene que resultar un fraude, un engaño para la agencia o para los viajeros o para ambos a la vez. Para atreverse a proponerlo en semejantes condiciones se necesita ser un farsante o un necio. ¡No hay término medio!

—¿Y... la agencia Thompson? —insinuó Roberto.

—La agencia Thompson —afirmó el subdirector en un tono que no admitía réplica— está dirigida por un farsante o por un necio.

Roberto no pudo menos de sonreírse.

—Con todo —objetó—, ¿y vuestros viajeros?

—Se les ha devuelto por correo los depósitos efectuados, más una cantidad igual, a título de justa indemnización; y precisamente para concretar sobre el importe de la de usted es por lo que hube de rogarle que pasara hoy por aquí.

Pero Roberto no aceptó indemnización alguna. Otra cosa hubiera sido el que hubiese efectuado el trabajo; especular con las dificultades con que había tropezado la sociedad que le admitiera, era cosa que no entraba en sus principios.

—¡Muy bien! —dijo su interlocutor sin insistir nuevamente—. Por lo demás, puedo en cambio darle a usted un buen consejo.

—¿Y es?

—Sencillamente, que se presente usted en la agencia Thompson para ocupar en ella la plaza a que aquí estaba destinado, y le autorizo para que se presente de nuestra parte.

—Demasiado tarde —replicó Roberto—; la plaza está ya cubierta.

—¡Bah! ¿Ya? —interrogó el subdirector—. ¿Y cómo lo ha sabido usted?

—Por los carteles. La agencia Thompson ha llegado a anunciar que posee un intérprete con el que en manera alguna podría yo rivalizar.

—Entonces, ¿sólo es por los carteles...?

—En efecto, sólo por ellos.

—En ese caso —concluyó diciendo el subdirector, levantándose—, intente usted la prueba, créame.

Roberto se halló en la calle completamente desorientado. Acababa de perder aquella colocación apenas otorgada. Preso de la irresolución vagó al azar; pero la Providencia parecía velar por él, puesto que, sin advertirlo, se encontró delante de la agencia Thompson.

Con gesto mezcla de duda y de apatía empujó la puerta y se halló en un amplio vestíbulo, lujosamente amueblado. A un lado veíase un mostrador con diversas ventanillas, una sola de las cuales permanecía abierta y a través de la misma podía verse un empleado absorto en el trabajo. Un hombre se paseaba por el vestíbulo, leía un folleto, y se movía a grandes pasos. En la mano derecha tenía un lápiz y sus dedos ostentaban tres sortijas y en la izquierda, que sostenía un papel, ostentaba cuatro. De mediana estatura, más bien grueso, aquel personaje movíase con vivacidad, agitando una cadena de oro cuyos numerosos eslabones tintineaban sobre su abultado vientre. Doblábase a veces su cabeza sobre el papel, elevábase otras hacia el techo, como para buscar en él inspiración: sus gestos todos eran verdaderamente ampulosos.